

que se armasen apresuradamente, y, á pesar de su corto número, salió á su frente y se formó en batalla en las orillas del río. El resto de sus tropas, no habiendo podido reunirse ni formarse en línea, no pudo resistir el primer choque del enemigo. Los macedonios habían corrido á las enseñas en mayor número que los demás, y, gracias á ellos, permaneció por mucho tiempo indecisa la victoria. Al fin, habiendo descubierto las alas la fuga de sus compañeros, les estrecharon por dos puntos á la vez los dos cuerpos enemigos, de flanco por las tropas ligeras, y de frente por los que llevaban escudos y lanzas; comprendieron que la batalla estaba perdida y retrocedieron al principio, en seguida fueron arrollados, emprendieron la fuga á su vez, y la mayor parte, arrojando las armas, porque no tenían la menor esperanza de salvar su campamento, se dirigieron á Corinto. Nicostrato envió los mercenarios en su persecución, la caballería y los tracios auxiliares contra los que talaban las tierras de Sicyona, y por todas partes hizo gran matanza, mayor quizá que en el mismo combate. De los que habían devastado á Pelena y Fliunta, unos, volviendo al campamento en desorden y en la mayor ignorancia de lo ocurrido, cayeron en medio de los puestos enemigos, que tomaron por suyos; otros, sospechando la verdad á la vista de los desgraciados que encontraban aquí y allá, se dispersaron en todos sentidos y fueron envueltos por los griegos de la campiña. En aquel día cayeron quinientos muertos y trescientos prisioneros, quedando toda la Acaya libre de temor.

Antes de la batalla de Cinocéfalos, L. Quincio había llamado á Corcyra los ciudadanos más notables de la Acarnania, única comarca de la Grecia que ha-

bía permanecido fiel á la causa de los macedonios y había procurado suscitar allí una revuelta. Dos motivos, entre otros, retenían á los acarnanios en la alianza de Filipo: en primer lugar, su fidelidad natural, y después el odio y temor que les inspiraban los etolios. Convocóse una asamblea en Laucada; pero además de no asistir todos los pueblos de la Acarnania, los que acudieron no se mostraron unánimes. Sin embargo, los ciudadanos más notables y los magistrados vencieron haciendo decretar una alianza particular con los romanos. Irritáronse todos los pueblos ausentes, y en medio del descontento general, se presentaron dos acarnanios de los más notables, Androcles y Equedemo, enviados por Filipo; quienes, no solamente hicieron anular el decreto que ajustaba alianza con Roma, sino que la asamblea condenase á Arquelac y Bianos, varones influyentes, como culpables de traición por haber propuesto aquella alianza, consiguiendo también la deposición del pretor Zeuxides por haber sometido á debate aquella proposición. Los condenados intentaron entonces un paso temerario, pero que el resultado justificó. Sus amigos les aconsejaban que se sometiesen á las circunstancias y se retirasen á Corcyra con los romanos; pero ellos prefirieron entregarse á merced del pueblo, desarmar su resentimiento con aquella conducta ó correr los riesgos de ser maltratados. Presentáronse, pues, en la asamblea, que era muy numerosa, y aunque al pronto les recibieron con murmullos y muestras de extrañeza, pronto reinó profundo silencio, respetando todos su dignidad pasada y deplorando su situación presente. Concediéronles la palabra, y comenzaron con lenguaje suplicante; pero cuando en el curso de su oración llegaron á la justificación de su

conduca, se expresaron con la firmeza que da la inocencia, y llegaron hasta á quejarse francamente de la injusticia con que se les trataba y á acusar de crueldad á sus enemigos. Tal impresión causaron en los ánimos, que casi por unanimidad se anuló el decreto dado contra ellos, aunque la asamblea confirmó la alianza con Filipo y rechazó la de los romanos.

Estas cosas se decretaron en Laucada, que era la capital de la Acarnania y el punto donde se celebraban las asambleas generales de los pueblos de la comarca. En cuanto llegó á Corcyra la noticia de este repentino cambio, partió con su flota el legado Flaminio, y abordó á Laucada cerca del punto llamado Hereo. En seguida se presentó delante de las murallas con todas las máquinas y aparatos de sitio que se emplean para rendir las ciudades, esperando que, en el primer momento de terror, se someterían los habitantes; pero como no se mostraban dispuestos á tratar, Flaminio mandó armar los manteletes y las torres y batir las murallas con el ariete. Toda la Acarnania, situada entre la Etolia y el Epiro, mira al Occidente y al mar de Sicilia. Laucada, que hoy es una isla separada de la Acarnania por un estrecho vadeable abierto por mano del hombre, era entonces una península unida á la Acarnania, por la parte de Poniente, mediante estrecho istmo, de unos quinientos pasos de largo y de ciento veinte á lo sumo de ancho. En esta lengua de tierra se encuentra la ciudad de Laucada, apoyada en una colina que mira al Oriente y á la Acarnania. Los barrios bajos son llanos y se extienden hacia el estrecho que separa la isla de la Acarnania, y por este lado puede tomarse la ciudad por tierra y por mar, porque hay allí charcas que parecen estanques más que mar, y tierra blanda á pro-

pósito para toda clase de trabajos. Así, pues, las murallas cayeron en muchos puntos á la vez, bien por efecto de las minas, bien bajo los golpes del ariete; pero cuanto más fácil de tomar era la plaza para los sitiadores, más resistían los sitiados con infatigable valor. Noche y día se ocupaban en reforzar las partes de la muralla que quebrantaba el enemigo, en reparar las brechas que había abierto, en rechazar vigorosamente los ataques y en defender las murallas con ayuda de sus brazos, más bien que ocultándose detrás de ellas. El sitio hubiese durado mucho más tiempo que esperaban los romanos, si algunos desterrados italianos, establecidos en Laucada, no hubiesen introducido en la fortaleza los soldados de Flaminio, que desde aquella elevada posición bajaron al foso con espantoso ruido: allí encontraron á los laucadios formados en batalla, que por algún tiempo sostuvieron combate regular. Sin embargo, habiendo escalado los romanos en muchos puntos las murallas, penetraron en la ciudad entre montones de escombros y ruinas. Muy pronto, el legado en persona, á la cabeza de numeroso cuerpo, envolvió á los combatientes; unos quedaron muertos en el sitio, deponiendo otros las armas y entregándose al vencedor. Pocos días después se recibió noticia de la batalla de Cinocefalos, y todos los pueblos de la Acarnania se apresuraron á someterse.

Por todas partes se declaraba contraria á Filipo la fortuna. En aquella misma época los rodios quisieron recuperar de aquel príncipe la comarca de tierra firme llamada Perea, que había pertenecido á sus antepasados, y enviaron allá al pretor Pausistrato con ochocientos hombres de infantería aquea y cerca de mil novecientos auxiliares de diferentes naciones, galos,

insuetos, pimetos, tamianos y areos de África y laodiceos del Asia. Pausistrato se apoderó, al frente de estas tropas, de Tendea, posición ventajosa en el territorio de Stratonicea; habiendo sabido engañar á los macedonios que ocupaban el país. Allí recibió con mucha oportunidad un socorro de mil infantes aqueos y cien caballos, que había pedido y que le llevó Theoxeno. Entretanto, Dinocrates, pretor del Rey, queriendo recobrar á Tendea, se dirigió primeramente hacia este punto, y en seguida marchó hacia otro fuerte, llamado Astragón, y situado también sobre el territorio de Stratonicea; llamó á sus enseñas todas las guarniciones dispersas en diferentes plazas, como también á los auxiliares tesalios que se encontraban en la misma Stratonicea y tomó el camino de Alabanda, donde se encontraba el enemigo. Los rodios no rehusaron el combate; encontrándose inmediatos los campamentos, los dos ejércitos se formaron en seguida en batalla. Dinocrates colocó á la derecha quinientos macedonios, los agrianos á la izquierda, y en el centro las guarniciones sacadas de las plazas de la comarca y compuestas en su mayor parte de carienos, cubriendo las alas con la caballería y los auxiliares cretenses y tracios. Los rodios tenían á la derecha los aqueos, á la izquierda los mercenarios é infantería escogida, en el centro los auxiliares de diferentes naciones, y en las alas la caballería y cuantas tropas ligeras tenían. Aquel día se formaron solamente en batalla los dos ejércitos en las orillas de un torrente pequeño que los separaba, y después de lanzar algunos venablos, regresaron á los campamentos. A la mañana siguiente se presentaron en el mismo orden y trabaron lucha más encarnizada de la que podía esperarse de tan corto número; porque no

había más de tres mil infantes y cerca de cien caballos. Por lo demás, de una y otra parte el mismo número de combatientes, iguales armas, igual valor y las mismas esperanzas. Los aqueos fueron los primeros en atravesar el torrente, y cayeron sobre los agrianos, siguiéndoles á la carrera casi todo el ejército. Por mucho tiempo estuvo indeciso el combate; al fin, los aqueos, que eran mil, así como sus enemigos, les hicieron retroceder, y á poco cedió toda la derecha. Los macedonios permanecieron inmóviles mientras conservaron las filas y formaron apretada falange; pero en cuanto quedó descubierta su izquierda, quisieron hacer frente por todos lados con las picas á los enemigos que les atacaban por el costado; en seguida cundió el desorden entre ellos, y en medio de la confusión general, volvieron la espalda, arrojaron las armas, y corriendo cuanto podían huyeron en dirección de Bargylas, á donde se refugió también Dinocrato. Los rodios les persiguieron mientras fué de día, y después regresaron al campamento. Es muy probable que si los vencedores hubiesen marchado directamente á Stratonicea, habrían podido apoderarse de esta plaza sin combate; pero dejaron escapar la ocasión entreteniéndose en tomar los fuertes y caseríos de la Perea. Entretanto se tranquilizó la guarnición de Stratonicea, entrando á poco en la ciudad Dinocrato y los restos de su ejército. Desde entonces quedaron sin resultado los asaltos y operaciones de sitio, hasta que mucho tiempo después la tomó Antioco. Estos fueron los acontecimientos que por aquella época tuvieron lugar en Tesalia, Acaya y Asia.

Entretanto se enteró Filipo de que los dardanos habían atravesado las fronteras de su reino, como si despreciasen su quebrantado poder, y que talaban la

alta Macedonia. La desgracia le abrumaba tanto á él como á los suyos en casi todos los puntos del globo; pero hasta la muerte prefería á la deshonra de verse despojado de sus estados hereditarios. Apresuradamente hizo levas en las ciudades de la Macedonia y marchó á caer bruscamente sobre los enemigos con seis mil infantes y quinientos caballos, en las inmediaciones de Stobi, en Peonia. Considerable número de ellos mató en la batalla, y más todavía en los campos, donde les había dispersado el ardor del pillaje. Los que pudieron huir, ni siquiera intentaron las probabilidades del combate, y regresaron á su patria. Después de esta expedición, única en que no experimentó descalabros, contento Filipo con haber reanimado el valor de los suyos, se retiró á Tesalónica. Si es cierto que la guerra púnica terminó bastante tarde para que los romanos no tuviesen que combatir al mismo tiempo al Rey de Macedonia, en cambio la derrota de este príncipe no podía llegar con más oportunidad cuando Antioco preparaba la guerra en Siria. Además de que costaba menos trabajo vencer á cada enemigo separadamente que si hubiesen reunido sus fuerzas, hay que tener en cuenta que por aquella época hubo grandes perturbaciones. Antioco, después de reducir en la campaña anterior todas las ciudades de la Celesyria que obedecían á Ptolomeo, marchó á invernar en Antioquia; pero no se entregó al descanso, sino que reunió todas las fuerzas de su reino. Hizo grandes aprestos por mar y tierra, y desde los primeros días de la primavera envió delante con el ejército á sus dos hijos Ardyes y Mitridates, encargándoles le esperaran en Sardes. Él mismo partió con una flota de cien naves cubiertas y doscientas ligeras, entre esquifes y barcas, proponiéndose á la

vez recorrer las costas de toda la Cilicia, Lycia y Caria; apoderarse de las plazas sometidas á Ptolomeo, y presstar á Filipo, que todavía no estaba completamente vencido, el auxilio de su ejército y sus naves.

Los rodios señalaron con más de una atrevida empresa por tierra y mar su fidelidad al pueblo romano y su abnegación por los intereses generales de la Grecia; pero no dieron prueba más brillante que en aquella ocasión, cuando, sin asustarse del peso de la guerra que les amenazaba, enviaron una legación al Rey hasta Neflidias, promontorio de Cilicia, famoso por haberse ajustado allí antiguo tratado entre los atenienses y los persas, para decirle que, si no suspendía la marcha, le saldrían al encuentro, no porque experimentasen ningún resentimiento personal contra él, sino porque no querían que se reuniese con Filipo é impidiese á los romanos libertar la Grecia. Ocupábase entonces Antioco en el sitio de Coracesia. Había recobrado Zefirio, Solas, Afrodidiades, Corcira y hasta Selinunta, después de doblar el cabo Anemurio, que es también un promontorio de la Cilicia; en todas estas plazas había entrado sin combate y en todos los demás fuertes de la misma costa, que se le sometieron por temor ó voluntariamente. Contra toda esperanza, Corasesia fué la única que cerró sus puertas y detuvo al Rey ante sus murallas. Allí recibió á los legados rodios, cuya mensaje era á propósito para ofender la altivez de Antioco, quien supo, sin embargo, moderar su enojo, y contestó: «Que enviaría legados á Rodas y les encargaría renovar los antiguos tratados que le unian á él y á sus antepasados con aquella República y tranquilizasen á los rodios acerca de su llegada; que no les causaría ofensa ni daño ni tampoco á sus aliados; que no podía dudarse de su intención de

no romper con los romanos, puesto que recientemente les había enviado una legación, y que el Senado le había dado amistosa respuesta y dictado decretos en su honor. Precisamente en aquel momento regresaban de Roma sus enviados, que fueron recibidos y despedidos con las consideraciones que exigían las circunstancias, porque no había aún nada positivo acerca del resultado de la guerra con Filipo. Mientras los legados sirios daban cuenta de su embajada delante de los rodios, un mensajero trajo la noticia de la victoria de Cinocéfalos; y libertando á los rodios este acontecimiento del temor á Filipo, renunciaron al propósito de salir con su flota al encuentro de Antioco; pero no desistieron de otro cuidado, el de defender la libertad de las ciudades aliadas de Ptolomeo contra las amenazadoras empresas de Antioco. A unas enviaron socorros, y en cuanto á otras se limitaron á enviar avisos y á adelantarse á los desig-nios del enemigo: de esta manera aseguraron la liber-tad de Cauna, Alynda, Halicarnaso y Samos. No es ne-cesario referir detalladamente todo lo que sucedió por esta parte, porque apenas puedo bastar á lo que per-tenece propiamente á las guerras de los romanos.

El rey Átalo que habían trasladado enfermo de Te-bas á Pérgamo, murió por esta época, á la edad de se-tenta y un años, después de reinar cuarenta y cuatro. La fortuna solamente había dado á aquel príncipe ri-quezas en que fundar las esperanzas de reinar; pero el uso á la vez prudente y noble que hizo de ellas justificó aquella esperanza, primeramente á sus propios ojos, y después á los de los demás. Vencedor de los galos, que, llegados recientemente al Asia, se habían hecho muy temibles, tomó el título de rey, y se mostró siempre por su grandeza de ánimo al nivel de su alta fortuna.

Gobernó sus súbditos con admirable equidad; fué muy fiel á sus aliados, benévolo y generoso con sus amigos. Sobreviviéronle su esposa y sus cuatro hijos, y les dejó un trono tan robusto y seguro, que se mantuvo la co-rona en su familia hasta la tercera generación. Tal era la situación de las cosas en Asia, Grecia y Macedonia: apenas había terminado la guerra con Filipo, ó por lo menos todavía estaba vacilante la paz, cuando estalló una guerra peligrosa en la España ulterior. M. Helvio, pretor de aquella provincia, escribió al Senado que los reyezuelos Colcas y Luscino habían tomado las ar-mas; que Colcas se había apoderado de diez y siete ciudades, y Luscino de las plazas fuertes de Carmona y Bardona; en fin, que en toda la costa los malacinos, sesextanos, la Beturia entera y todo el país que no ha-bía descubierto aún sus intenciones, se sublevaría imi-tando á sus vecinos. Habiendo leído esta carta el pre-tor M. Sergio, que tenía la jurisdicción urbana, decretó el Senado que inmediatamente después de los comicios pretorianos, el pretor designado para la provincia de España sometería á la asamblea la cuestión de la guerra.

Por este mismo tiempo llegaron los cónsules á Roma; convocaron al Senado en el templo de Belona, y pidie-ron el triunfo en recompensa de sus victorias. Los tri-bunos del pueblo C. Antinio Labeo y C. Afranio exigie-ron que presentase cada uno separadamente sus pre-tensiones, diciendo que «no consentirían que la petición se presentase en común, con objeto de impedir se con-cediese la misma recompensa á servicios diferentes.» Minucio contestó «que los dos habían tenido la Italia por provincia, y que habían obrado de acuerdo y con el mismo plan.» Cornelio añadió: «que en el momento

en que se veía amenazado por los boyos, que habían pasado el Po para socorrer á los insubrios y á los cenomanos, los estragos causados por su colega en sus caseríos y campos, les llamaron á la defensa de sus propios hogares. Las tribus reconocieron que tales eran las hazañas de Cornelio, que no podía dudarse en concederle el triunfo y dar gracias á los dioses inmortales; pero que ni él, ni ningún otro ciudadano, tendría jamás bastante influencia para hacer conseguir el triunfo á su colega, después de conseguirlo para él mismo, sobre todo cuando aquel colega no tenía ningún derecho á él. Q. Minucio solamente había tenido escaramuzas en la Liguria que apenas merecían mención, y en la Galia había experimentado considerable pérdida. Llegando hasta á nombrar á los tribunos militares T. Juvencio y su hermano C. Labeo, que habían sucumbido en aquella desgraciada batalla con tantos otros valientes romanos ó aliados. La sumisión de algunas plazas y caseríos que se alegaba era falsa y simulada por algún tiempo, porque no habían recibido rehenes. Estos debates entre los cónsules y los tribunos duraron dos días, venciendo la firmeza de los tribunos, y los cónsules presentaron separadamente su petición.

C. Cornelio obtuvo el triunfo por unanimidad, realzando la gloria del Cónsul los habitantes de Cremona y de Placencia con sus manifestaciones de agradecimiento; recordaron que le debían el levantamiento del sitio de sus ciudades y la libertad de la mayor parte de ellos, reducidos á la esclavitud por el enemigo. L. Minucio solamente pudo formular su petición; viendo que todo el Senado se decidía contra él, declaró que iría á triunfar al monte Albano, en virtud de la autoridad consular y siguiendo el ejemplo de muchos varones ilustres.

C. Cornelio triunfó de los insubrios y de los cenomanos cuando aun desempeñaba el cargo; hizose preceder de considerable número de enseñas militares y de gran cantidad de despojos galos, cargados en carros tomados al enemigo; muchos nobles galos marchaban delante de su carro, encontrándose entre ellos, si ha de creerse á algunos historiadores, al general cartaginés Amílcar. Pero lo que más llamó la atención fué un grupo de colonos de Cremona y Placencia, cubiertos con el pileo (1), que seguían la carroza. También se veían en la pompa triunfal doscientas treinta y siete mil libras de bronce y setenta y nueve mil de plata acuñada con la efigie de la Liga. El Cónsul mandó distribuir setenta ases á cada soldado, el doble á cada jinete y el triple á cada centurión. L. Minucio triunfó en el monte Albano, de los galos, ligurios y boyos. Este triunfo no fué tan brillante como el otro, encontrándose reducido á terreno más limitado, y no pudiendo compararse las hazañas de uno y otro cónsul; además, sabíase que el Tesoro público no había sufragado los gastos; pero viéronse casi tantas enseñas militares, carros y despojos. Las cantidades que se llevaban representaban, sobre poco más ó menos, el mismo valor; doscientas cincuenta mil libras de bronce y cincuenta y tres mil doscientas de plata acuñada con la misma efigie. Los soldados, jinetes y centuriones recibieron iguales gratificaciones á las que había dado su colega.

Después del triunfo se celebraron los comicios consulares; creáronse cónsules á L. Furio Purpureo y M. Claudio Marcelo; á la mañana siguiente se eligieron pretores á Q. Fabio Buteo, Ti. Sempronio Longo, Q. Mi-

(1) El *pileus* era el signo de la manumisión.

nucio Thermo, M. Acilio Glabrion, L. Apustio Fulon y C. Lelio. Al terminar este año se recibió una carta de T. Quincio, en la que anunciaba que había combatido con Filipo en batalla campal, en la Tesalia, y que había vencido y derrotado al ejército enemigo. El pretor Sergio leyó esta carta en el Senado primeramente, y después en la asamblea del pueblo, por acuerdo de los senadores. Con ocasión de este triunfo, se decretaron cinco días de acciones de gracias. Poco tiempo después llegaron los legados de T. Quincio y los del Rey; los macedonios se alojaron fuera de Roma, en un edificio público, donde se les asistió á expensas del Tesoro. El Senado les recibió en el templo de Belona, no siendo larga la sesión, porque los legados declararon que el Rey aceptaba todo lo que acordase el Senado. Siguiendo la costumbre antigua, fueron nombrados diez comisarios, con los que debía convenir el general T. Quincio las condiciones de paz que debían dictarse. Comprendióse en el número á P. Sulpicio y P. Vilio, que habían mandado como cónsules en Macedonia. En el mismo día pidieron los habitantes de Cosa que aumentasen el número de sus colonos; y se decretó para ellos un suplemento de mil hombres, con tal de que no hubiese ni uno solo de los que habían combatido contra Roma desde el consulado de P. Cornelio y Ti. Sempronio.

En este año se celebraron los juegos romanos en el circo y en el teatro por los ediles cureles P. Cornelio Scipión y Cn. Manlio Vulso, con más esplendor que nunca. La alegría del triunfo conseguido en la guerra aumentó el regocijo de los espectadores, y las representaciones se repitieron durante tres días. Los juegos plebeyos se dieron siete veces, presidiéndolos Acilio Glabrion y C. Lelio. Con los productos de los multas

mandaron fundir en bronce tres estatuas, de Ceres, Baco y Proserpina. Habiendo entrado en funciones L. Furio y M. Claudio Marcelo, viendo que en el reparto de provincias el Senado les designaba á los dos la Italia, pidieron sortear con ésta la Macedonia. Más deseoso de obtenerla Marcelo que su colega, decía que habían ajustado una paz engañosa y simulada, y que si retiraban el ejército de la provincia, el Rey volvería á tomar las armas. Estas aseveraciones quebrantaron la resolución de los senadores, y quizá hubiesen triunfado los cónsules, si los tribunos del pueblo Q. Marcio Rex y C. Atinio Lebeon no hubiesen declarado que intervendrían si no les permitían ante todo pedir decisión al pueblo acerca del mantenimiento de la paz con Filipo. Sometióse esta cuestión á una asamblea reunida en el Capitolio, y las treinta y cinco tribus votaron unánimemente la conservación de la paz. Pronto se alegraron de ello, cuando se tuvo conocimiento de las malas nuevas recibidas de España, y se divulgó la carta que anunciaba « que el procónsul C. Sempronio Tuditano había sido vencido en la España citerior, que su ejército había sido arrollado y derrotado, y que el mismo Tuditano, retirado del combate gravemente herido, había muerto poco después. » Los dos cónsules recibieron la provincia de Italia y el mando de las legiones de sus antecesores, y les encargaron levantar cuatro legiones nuevas, de las que el Senado podría enviar dos adonde tuviese por conveniente. T. Quincio Flaminio recibió orden de conservar su provincia con las mismas dos legiones, considerando que era suficiente haberle prorrogado el mando el año anterior.

Los pretores sortearon en seguida sus provincias,

obteniendo L. Apustio Fulon la jurisdicción urbana; M. Acilio Glabrón la de los litigios entre ciudadanos y extranjeros; Q. Fabio Buteo la España ulterior; Q. Minucio Thermo la citerior; C. Lelio la Sicilia, y Ti. Sempronio Longo la Cerdeña. Q. Fabio Buteo y Q. Minucio, que estaban encargados de las Españas, recibieron, por elección de los cónsules, una legión cada uno de las cuatro que habían levantado estos magistrados, y además cuatro mil hombres de infantería y trescientos caballos que suministrarían los aliados y pueblos del nombre latino; recibiendo además orden de marchar inmediatamente á sus provincias. La guerra de España estalló cinco años después de la que terminó con la guerra púnica. Antes de la marcha de los dos pretores para aquella guerra completamente nueva, puesto que era la primera vez que los españoles habían tomado las armas en su propio nombre, sin que les sostuviese ningún ejército, ni les mandara ningún general de Cartago; antes también de que los cónsules saliesen de Roma, se les recomendó expiar, según costumbre, los prodigios de que se había recibido noticia. P. Vilio, caballero romano, que marchaba á la Sabina, había sido muerto por el rayo, lo mismo que su caballo; también había caído el fuego del cielo sobre el templo de la diosa Feronia, en el territorio de Capena; cerca del templo de Juno Moneta habían aparecido encendidos los hierros de dos lanzas. En Roma había entrado un lobo por la puerta Esquilina, por el lado más populoso de la ciudad, había bajado al foro, había seguido la calle Etrusca y la Germala (1) y había salido por la

(1) El Cermalo ó Germalo era un barrio de la ciudad situado al pie del monte Palatino, por el lado del Foro. Allí habitó Anco Marcio, y se encontraba el Luperca y el templo de Rómulo. Se-

puerta Capena, casi sin heridas. Para expiar estos prodigios se inmolaron víctimas mayores.

Por este tiempo Cn. Cornelio Lentulo, que había gobernado la España citerior con Sempronio Tuditano, recibió los honores de la ovación en virtud de un senatusconsulto. Hizo llevar delante mil quinientas quince libras de peso de oro, veinte mil de plata y treinta y cuatro mil quinientos cincuenta dineros en plata acuñada. L. Stertinio, que regresaba de la España ulterior, ni siquiera trató de conseguir el triunfo, limitándose á llevar al Tesoro cincuenta mil libras de peso de plata, y con el producto de los despojos hizo construir dos arcos de triunfo en el foro Boario, delante del templo de la Fortuna y del de la diosa Matuta Mater, y otro en el circo máximo: sobre estos arcos colocó estatuas doradas. Estas cosas se realizaron durante el invierno. T. Quincio invernaba entonces en Elacia; abrumado por las peticiones de los aliados concedió, á instancia de los boecios, la libertad de aquellos compatriotas suyos que habían formado parte de las huestes de Filipo. No decidió á Quincio, para mostrar esta complacencia, que considerase dignos de perdón aquellos cautivos, sino que, como el rey Antioco comenzaba á ser sospechoso, necesitaba atraer á los romanos la benevolencia de las ciudades griegas. Pero en cuanto dió libertad á los prisioneros, comprendió que nada había ganado con los beocios, porque enviaron á dar gracias á Filipo como si el favor se lo debiesen al Rey y no á Quincio y los romanos; y en la primera asamblea que celebraron nombraron beotarca á un tal Braquilas,

gún Varrón, tenía aquel nombre porque allí dejaron las aguas del Tíber la cuna de Rómulo y Remo, hermanos *germanos*.



que no tenía otro título que haber mandado los beocios al servicio de Filipo, rechazando á Zeuxipo, Pisistrato y los demás partidarios de la alianza romana. Éstos quedaron ofendidos por el momento y hasta concibieron temores para lo porvenir. Si obraban de aquel modo cuando el ejército romano estaba acampado casi á las puertas de la ciudad, ¿qué sería de ellos, cuando los romanos regresasen á Italia, quedando allí Filipo para sostener á sus partidarios y vengarse de los que habían abrazado el opuesto bando.

Decidieron, pues, aprovechar la presencia de las tropas romanas para deshacerse de Braquilas, jefe de la fracción macedónica, y aprovecharon una ocasión favorable. Una noche que salía de un festín público y regresaba ebrio á su casa, acompañado por algunos jóvenes libertinos que habían sido llamados á la fiesta para divertir á los numerosos convidados, seis hombres armados, de los que tres eran italianos y tres etolios, le rodearon y mataron. Sus compañeros huyeron, y en toda la ciudad cundió el tumulto; acudieron de todas partes con antorchas, pero los asesinos escaparon por la puerta más cercana. Al amanecer reunióse á voz de pregón considerable multitud en el teatro como si se estuviese sobre el rastro del culpable. Acusábase públicamente del asesinato á los libertinos que habían acompañado á Braquilas, pero en secreto se consideraba á Zeuxipo como autor del crimen. Por el momento se decidió prender á los que se encontraban con el beotarca y darles tormento; y mientras los buscaban, Zeuxipo, para alejar toda sospecha, se presentó atrevidamente en la asamblea y declaró que hacían mal en atribuir aquel odioso crimen á hombres tan despreciables, apoyando su opinión con razones

bastante atendibles para hacer creer á algunos que si hubiese sido cómplice no se habría atrevido á presentarse delante del pueblo y hablar de aquella manera del crimen sin que nadie le obligase. Otros, sin embargo, no dudaron que el descaro con que se adelantaba á la acusación solamente era un medio de parar el golpe. Poco después sometieron á la tortura á los inocentes, y como conocían la opinión general, se ampararon de ella como de una prueba y denunciaron á Zeuxipo y Pisistrato, sin añadir razón alguna para explicar cómo podían saberlo. Zeuxipo huyó á Tenagra durante la noche con un tal Stratonidas, antes cediendo á los temores que le sugería su conciencia, que á la denuncia de aquellos hombres que no eran cómplices suyos. Pisistrato arrostró la acusación y permaneció en Tebas. Zeuxipo tenía un esclavo que había sido el agente principal de la trama; Pisistrato temía sus revelaciones, y al querer prevenir las impulsó al esclavo á que se hiciese delator; porque escribió á Zeuxipo para que se deshiciese de aquel cómplice, «no creyéndole, decía, tan reservado como había sido decidido en la ejecución». El mensajero encargado de esta carta tenía orden de entregarla cuanto antes á Zeuxipo. No habiendo podido verle, la entregó á aquel mismo esclavo, que creía el más adicto á su amo, añadiendo que era de Pisistrato y contenía una advertencia importantísima para Zeuxipo. El esclavo prometió llevarla en el acto; pero alarmado por las acusaciones de su conciencia, la abrió, y después de leerla, marchó temblando á Tebas. Asustado Zeuxipo por la fuga de su esclavo, se trasladó á Autedono, esperando encontrar asilo más seguro en aquel destierro. Pisistrato, después de recibir tormento y hacer algunas revelaciones, fué castigado con la última pena.

Aquel asesinato inspiró á los tebanos y á todos los beocios furioso rencor contra los romanos; porque ya no dudaban que Zeuxipo, uno de sus ciudadanos más notables, hubiese cometido aquel crimen por consejo del general romano. Pero no tenían para rebelarse ni ejército ni capitán; y en vez de guerra, hicieron bandidaje, que tanto se le parece, y se dedicaron á asesinar soldados romanos, ora atrayéndoles á sus casas como huéspedes, ora sorprendiéndoles en sus cuarteles de invierno, cuando sus asuntos les obligaban á ir ó venir. Algunos cayeron en el camino en emboscadas dispuestas por los beocios que conocían el terreno; otros fueron extraviados y llevados por traición á albergues desiertos donde les mataban. No era únicamente el odio la causa de aquellos asesinatos; el deseo de ganancia los hacía cometer también, porque los soldados que gozaban de licencia casi siempre llevaban dinero en la bolsa para negociar. El número de los que desaparecían, poco considerable al principio, aumentó muy pronto de día en día, y la Beocia entera llegó á ser país infame, donde el soldado temía, más que en tierra enemiga, salir del campamento. Quincio envió entonces legados á todas las ciudades quejándose de aquel bandidaje: habían encontrado muchos soldados muertos en las orillas del lago Copais; habíanse extraído del cieno sus cadáveres á los que estaban atadas grandes piedras ó ánforas, para que el peso les arrastrase al fondo. Numerosos crímenes se habían cometido cerca de Acrefia y Coronea. Quincio exigió primeramente que le entregasen los culpables, y que por los quinientos soldados que habían desaparecido, porque á este número ascendían, pagasen los beocios quinientos talentos. Ninguna de estas dos reparaciones le conce-

dieron, y las ciudades se contentaron con responder para justificarse, que sus magistrados no habían tomado parte en aquellos delitos. Entonces envió á Atenas y á la Acaya legados con al encargo de declarar á los aliados que iba á emprender contra los beocios una guerra legítima y santa, mandó parte de su ejército contra Acrefia, á las órdenes de P. Claudio, y atacó con el resto á Coronea. Estos dos cuerpos talaron los campos antes de abandonar á Elacia para seguir diferentes caminos. Asustados los beocios con aquellos desastres, ante los cuales todos temblaban y huían, pidieron tratar; y no habiendo sido recibidos sus legados en el campamento romano, fueron á interceder por ellos los aqueos y los atenienses. Los ruegos de los aqueos tuvieron mucho peso, porque habían decidido, si no obtenían la paz para los beocios, unirse con ellos para hacer la guerra á los romanos; y hasta consiguieron para los beocios el favor de una entrevista con Ti. Quincio, quien les intimó la orden de entregar los culpables y pagar, por razón de multa, treinta talentos; después les otorgó la paz, y levantó el sitio.

Pocos días después llegaron los diez comisarios romanos, y después de convenir con ellos, dictó Quincio á Filipo las condiciones siguientes: •Todas las ciudades griegas de Europa y Asia gozarian de su libertad y sus leyes. Filipo retiraría sus guarniciones de las que había tenido en su poder, y especialmente en Asia, de Eumea, Pedani, Borgilias, Yaso, Myrena, Abydos, Thasos y Perintho, porque querían que fuesen libres también. En cuanto á la libertad de Ciano, Quincio escribió á Prusias, rey de Bithynia, lo que el Senado y los diez comisarios habían decidido. Filipo devolvería á los romanos los prisioneros y desertores; entregaría to-